

# Parashat Shofetim

♦ 95 ♦

ב' אלול תשפ"ו

י"ל ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הר"צ  
רבי גמליאל הכהן  
רבינובין שליט"א

# טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

## «Jueces y oficiales pondrás para ti»

Esta parashá se lee al comienzo del mes de elul, el mes del arrepentimiento. En los libros sagrados se explica que «el juicio es una manifestación del arrepentimiento», y nuestra santa Torá viene a insinuarnos la mitzvá de la teshuvá (arrepentimiento) que se encuentra ante nosotros en estos días.

Y cuando se habla de teshuvá, es imposible no mencionar el aspecto que muchas veces queda descuidado, a pesar de ser uno de los más importantes: la teshuvá por las faltas cometidas entre una persona y su prójimo. Por alguna razón, cada uno invierte todas sus fuerzas en corregir aquello que concierne a la relación entre el hombre y Hashem, mientras que las cuestiones relacionadas con el prójimo suelen ser olvidadas o no reciben la atención suficiente.

Debemos recordar lo que establece el Shulján Aruj en las leyes de la víspera de Yom Kipur: las transgresiones cometidas contra el prójimo no son expiadas por Yom Kipur hasta que la persona obtenga el perdón de la persona misma a quien perjudicó.

En la plegaria de Neilá, que concluye las oraciones de los Días Solemnes, decimos: «para que cesemos de la opresión de nuestras manos». Es conocida la enseñanza de que, antes de Neilá, cada persona debe reflexionar si posee algún dinero obtenido de manera indebida; y si es así, debe comprometerse a devolverlo conforme a la ley inmediatamente después de la festividad.

Vale la pena recordar también lo que una vez dijo el justo Rabí Zundel Kroizer, zal, a cierta persona:

—Tu comida puedo comerla, porque consumes únicamente alimentos con una supervisión rabínica rigurosa. Pero de tu dinero no puedo recibir nada, porque no tiene supervisión alguna.

Este es el sentido de lo que dice la Torá: «Jueces y oficiales pondrás para ti». Ahora, al comienzo del mes de elul, se nos recuerda que debemos juzgarnos a nosotros mismos antes de que llegue el Día del Juicio y el Juez de toda la tierra juzgue al mundo.

Hazte tú mismo un juicio: examina qué debes corregir, a quién debes pedir perdón y con quién debes reconciliarte.

En verdad, sería apropiado que cada judío tuviera un momento fijo cada día para hacer un examen de conciencia, en el que se juzgue a sí mismo y analice ante su Creador si se comportó debidamente durante esa jornada. Y si, D-ios no lo quiera, encuentra alguna falta, que se arrepienta de inmediato y corrija lo que requiere corrección.

Sobre esto dijeron nuestros Sabios: «Arrepiéntete un día antes de tu muerte».

Al respecto, sus discípulos preguntaron a Rabí Eliezer:

—¿Acaso una persona sabe qué día va a morir para arrepentirse entonces?

Él respondió:

—Precisamente por eso debe arrepentirse hoy, no sea que muera mañana. De esta manera, todos sus días transcurrirán en arrepentimiento.

(Basado en Tiv Hatorá, Parashat Shofetim)

## El esfuerzo en el estudio de la Torá y la teshuvá en el mes de elul

**«Y escribiré para mí una copia de esta Torá en un libro... y estará con él, y la leeré todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Hashem, su D-ios.» (Devarim 17:18-19)**

En el sagrado libro Tiféret Shelomó se explica que nuestros Sabios enseñaron: «Si una persona examina sus actos y no encuentra la causa de sus sufrimientos, debe atribuirlo al descuido del estudio de la Torá» (Berajot 5a).

A primera vista resulta difícil entenderlo: ¿qué significa «no encuentra»? Si no estudió Torá, debería saberlo. Sin embargo, explica que el verdadero estudio de la Torá debe iluminar a la persona, mostrarle el camino correcto y ayudarla a reconocer y corregir sus faltas. Por eso pedimos cada mañana: «Ilumina nuestros ojos con Tu Torá».

Cuando el estudio se realiza con pureza de intención, la Torá ilumina al hombre y le permite descubrir aquello que necesita corregir. Pero cuando se estudia por motivos egoístas, buscando honor o prestigio, el estudio pierde gran parte de su efecto espiritual.

Por ello, el versículo dice: «La leeré todos los días de su vida». Es decir, mientras estudia Torá, toda su vida debe pasar ante sus ojos, para examinar sus acciones y corregir aquello que requiere reparación. Así el estudio conduce al temor de Hashem y a una teshuvá auténtica.

Especialmente en el mes de elul, conocido como «el mes de la teshuvá», la persona debe aprovechar la luz de la Torá para revisar sus actos y reparar las faltas acumuladas durante el año.

¿Qué trabajo es más difícil?

En cierta ocasión vi a un obrero de la construcción, un judío valioso. Al final de la jornada estaba exhausto y cubierto de sudor. Le pregunté:

—Dime sinceramente: ¿no sería más fácil sentarse a estudiar Torá?

—¡No! —respondió de inmediato—. Créame, por experiencia propia: sentarse a estudiar Torá correctamente y comprender bien lo que se aprende es mucho más difícil.

Le respondí:

—Tienes razón. El estudio de la Torá no es algo sencillo. Exige concentración, esfuerzo y todas las fuerzas del alma. Pero precisamente por eso nuestros Sabios >>>

dijeron: «Según el esfuerzo es la recompensa».

Además de la inmensa recompensa reservada en el Mundo Venidero, no hay forma de describir la satisfacción y la alegría interior que produce el crecimiento espiritual que nace del estudio de la Torá.

Y este relato también responde a quienes afirman erróneamente que los estudiosos de la Torá «no trabajan». Quien ha probado el verdadero esfuerzo del estudio sabe que se trata de una labor ardua, acompañada además por una constante lucha contra el Yétzer Hará, que intenta distraer al hombre de su aprendizaje.

Diez minutos que valían un viaje entero. En los últimos años de vida de Rabí Zundel Kroizer, zal, caminar se le hacía muy difícil. Un conductor lo recogía cada día y lo llevaba a la clase fija que estudiábamos juntos desde hacía décadas.

Mi casa estaba en un tercer piso, por lo que el conductor debía ayudarlo a subir lentamente escalón tras escalón.

Un día, debido a un enorme embotellamiento, el conductor llegó con una hora de retraso. Al ver la hora, sugirió:

—Quizás hoy valga la pena cancelar la clase. De todos modos ya casi no queda tiempo para estudiar.

Rabí Zundel tomó el reloj, calculó cuidadosamente el tiempo restante y dijo:

—Todavía podremos estudiar unos diez minutos. ¿Acaso no vale la pena toda esta molestia por diez minutos de estudio de Torá? ¡Vamos!

Y así, a pesar de su avanzada edad y gran debilidad, emprendió el viaje, subió lentamente los tres pisos y realizó todo aquel esfuerzo para aprovechar apenas diez minutos de estudio.

¡Qué lección para nosotros! Así es el amor por la Torá. Quien aprecia verdaderamente su valor procura no desperdiciar ni un instante.

El secreto del éxito en la Torá

Un hombre le confesó a uno de los grandes tzadikim de la generación anterior que había abandonado el estudio intensivo de la Torá.

—Mis capacidades son limitadas —dijo—. Me cuesta comprender y no veo posibilidades de llegar lejos en el estudio. Por eso me dedico principalmente a mis negocios y estudio algunas horas por la noche.

El tzadik le respondió:

—Te equivocas. El éxito en la Torá no depende principalmente del talento ni de una inteligencia excepcional. Hemos visto personas con capacidades modestas que crecieron enormemente en Torá, y otras muy talentosas que no alcanzaron grandes logros.

»El verdadero éxito depende de las lágrimas que uno derrama ante Hashem para que ilumine sus ojos en la Torá, y también de la perseverancia santa: esforzarse una y otra vez, sin rendirse, hasta merecer adquirir la Torá.

(Tiv Hakehilá, Parashat Shofetim)

No hay obstáculo para la dedicación

En la gran y prestigiosa Yeshivá Mir de la Ciudad Santa de Jerusalem, estudia desde hace muchos años un distinguido judío, de quien en la yeshivá suelen referirse como un auténtico «Séfer Torá viviente», debido a su impresionante erudición y excepcional memoria.

Aunque provenía de una familia distinguida de rabinos y estudiosos de la Torá, durante su juventud no se sintió atraído por el estudio. No encontraba su lugar en la yeshivá y buscaba distintas ocupaciones fuera de sus muros.

Así fue pasando de un trabajo a otro hasta que obtuvo una licencia de conducir y comenzó a trabajar como conductor de una camioneta para el transporte de estudiantes.

Cuando llegó el momento de buscar matrimonio, descubrió que la situación no era sencilla. No resultaba fácil encontrar una buena propuesta para un joven que trabajaba como conductor, y las pocas sugerencias que llegaban no eran precisamente alentadoras.

Un día escuchó accidentalmente una conversación entre su madre y una casamentera. De ella entendió que había una distinguida familia de rabinos y estudiosos que apreciaba mucho su personalidad y sus nobles cualidades, pero que veía con reservas su ocupación y su escasa vinculación con el estudio de la Torá.

El padre de la joven era un destacado erudito y educador, y todos sus hijos y yernos estaban dedicados al estudio y a la enseñanza de la Torá. La familia conocía bien al joven y valoraba su carácter, pero naturalmente no deseaban un yerno ignorante en cuestiones de Torá.

Al oír aquello, el joven preguntó a su madre:

—Si demostrara que también puedo llegar a ser un talmid jajam, ¿estarían interesados?

—¡Por supuesto! —respondió ella.

Incluso le contó que la propia joven había comentado que quizás él debería dedicarse ahora al estudio de la Torá, pues nunca es tarde para adquirirla.

Aquellas palabras produjeron un profundo impacto en él. Con una determinación extraordinaria, dejó su trabajo, devolvió la camioneta a la empresa para la que trabajaba e ingresó a la sagrada Yeshivá Mir.

Desde el primer momento se entregó al estudio con todas sus fuerzas. Puso en ello su corazón, su mente y toda su energía. El Cielo lo ayudó, y en poco tiempo comenzó a progresar de manera notable. Asistía a las clases de los directores de la yeshivá y crecía constantemente en conocimientos y comprensión, hasta que pronto fue reconocido como un joven excepcionalmente talentoso y dedicado. Cuando ya se había consolidado como un verdadero estudioso de la Torá, se volvió a hablar de aquella joven. Su padre realizó nuevas averiguaciones y descubrió que el muchacho había cambiado por completo.

La joven pidió a su familia que no juzgara al candidato por su pasado, sino por quien era en ese momento. El padre aceptó y dispuso que varios destacados eruditos lo examinaran. Todos quedaron profundamente impresionados por sus conocimientos, su claridad y sus excelentes cualidades personales.

Poco tiempo después, el compromiso se concretó felizmente. Se casaron conforme a la ley de Moshé e Israel y establecieron un hogar ejemplar de Torá y temor a Hashem.

Hasta el día de hoy, aquel hombre continúa dedicado al estudio, siendo una de las figuras distinguidas surgidas de la Yeshivá Mir, orgullo de su familia y del Pueblo de Israel.

Esta historia nos enseña que nada puede interponerse ante una voluntad sincera. Como escribió Rashí sobre el versículo «si lo deseas, podrás dominarlo» (Bereshit 4:7): cuando una persona realmente quiere crecer, puede superar los obstáculos que se interponen en su camino.

También nos muestra la maravillosa Providencia Divina: cuando desde el Cielo se decreta que una persona se acerque a la Torá y encuentre a su pareja destinada, se preparan todos los medios necesarios para conducirla hacia su misión, para que establezca generaciones de hijos y nietos dedicados a la Torá y al temor de Hashem.

(Charla privada, 14 de jeshván de 5773)